

Texto- Salmo 69:1-36

Título- Sufre como Cristo

Proposición- Así como Cristo, cuando estamos en circunstancias adversas, deberíamos clamar a Dios, porque Él nos rescatará.

Intro- Cuándo estás enfrentando tribulaciones en tu vida, ¿a dónde acudes? ¿Qué es la primera cosa que haces cuando te sientes estresado, angustiado, ansioso? ¿Vas a un doctor- tomas o comes algo- te escondes debajo de las sábanas y no sales para ver a nadie? Cada uno responde, naturalmente, de manera diferente.

Como cristianos, sabemos que, cuando enfrentamos cualquier tribulación, primero deberíamos ir a Dios. Y para no ser místicos o nada más pensar teóricamente, ¿qué queremos decir cuando hablamos de “ir a Dios”? Porque no vamos al cielo, todavía- no nos acercamos a una persona física. Vamos a Dios por medio de Su Palabra- Su Palabra que nos habla de Su Hijo, que fue inspirada por el mismo Espíritu Santo que mora en nuestros corazones. Así es como deberíamos responder primero cuando enfrentamos tribulaciones.

Pero entonces, sigo con otra pregunta- cuando estás enfrentando tribulaciones en tu vida, ¿a qué parte de la Biblia vas? ¿Al libro de Levítico? ¿Amós? Probablemente no. Tal vez podrías ir a Génesis, y leer la historia de hombres que también sufrían. Tal vez podrías ir a Romanos, y leer de la base doctrinal de por qué sufrimos.

Pero muchas veces- tal vez, normalmente- vamos a los salmos. Y eso por 2 razones- primero, porque son oraciones- cantos también, pero son oraciones. Y en segundo lugar, porque Dios los inspiró para hablar de la vida como es- la vida real- la vida cotidiana, con todos sus altibajos- con todos sus fluctuaciones de emociones y sentimientos.

Y los salmos nos ayudan precisamente con la primera pregunta que hice- cuándo estás enfrentando tribulaciones en tu vida, ¿a dónde acudes primero? Vas a la Biblia, sí- vas a los salmos, tal vez. Pero como aquí en nuestro salmo de hoy, los salmos nos enseñan que, cuando enfrentamos circunstancias adversas, deberíamos clamar al Padre, así como Su propio Hijo lo hizo.

Y sí, en este salmo podemos hablar del ejemplo de Cristo. El ejemplo de David, sí- aquí vemos, como en muchos otros salmos, David lamentado el estado de su alma, lamentando por sus tribulaciones- clamando a Dios como ha hecho una y otra vez. Pero más, vemos aquí el ejemplo del mismo Hijo de Dios. Porque este es un salmo que habla mucho de Cristo. Claro, fue escrito por David en su situación actual, pero Dios le inspiró a escribir de tal manera que el salmo también se refiere a lo que Cristo iba a sufrir- no en cada detalle, pero en la mayor parte del salmo. Sabemos esto porque este salmo es citado tantas veces en el Nuevo Testamento- 7 de sus 36 versículos son citados directamente en el Nuevo Testamento, mientras el resto del salmo también nos da principios que se encuentran en la vida y la muerte de Cristo.

Y esto nos ayuda mucho a aplicarlo también a nosotros. Primero, viendo que no es solamente lo que David sufrió, como rey de Israel hace miles de años, sino es lo que Cristo sufrió también- y sabemos que nosotros sufrimos con Él- sufrimos como Cristo, ya que somos Sus hijos. Entonces, este salmo muestra

cómo es la vida de un hijo de Dios, para que no te sorprendas- para que no te quejes. David lo pasó- Cristo lo pasó- tú y yo también.

Pero igual, nos ayuda porque nos recuerda que Cristo entiende- Él entiende porque sufrió así como nosotros- y por eso puede fortalecernos. Él intercede por nosotros y puede darnos la gracia necesaria.

Entonces, este es un salmo de un hijo de Dios, alguien que está sufriendo, no porque vive en pecado y en rebeldía en contra de Dios, sino está sufriendo precisamente porque es un hijo de Dios- porque tiene un celo para las cosas espirituales. No es perfecto, pero sí busca a Dios.

Si somos hijos de Dios, entonces, podemos aprender de este salmo cómo sufrir- cómo actuar cuando sufrimos. Así como Cristo, cuando estamos en circunstancias adversas, deberíamos clamar a Dios, porque Él nos rescatará.

I. Cuando estamos en circunstancias adversas, clamamos a Dios

Y podemos considerar esto en varios aspectos. Primero, entendiendo que el cristiano sí puede estar en circunstancias adversas- de hecho, sí va a estar en circunstancias adversas. Nada más tenemos que leer lo que David dice en este salmo, así como en muchos otros también [LEER vs. 1-2]. David está pasando por un momento en donde las aguas de tribulación han entrado a su alma- o como dice otra traducción, han llegado a su cuello. Hablamos así a veces, ¿no? “Estoy en problemas hasta aquí- hasta mi cuello.” ¿Por qué hasta el cuello? Porque más, y nos ahogamos- si se cubre la cabeza, ya no podemos ni respirar. Y así nos sentimos muchas veces- hasta el cuello de problemas- o más- ya con la cabeza cubierta y parece que estamos ahogándonos en problemas- como vemos al final del versículo 2- “he venido a abismos de aguas, y la corriente me ha anegado.”

O vemos diferente ilustración de lo mismo al inicio del versículo 2- “estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie.” Es la idea de estar en el lodo, pero ese tipo de lodo en donde te resbalas, no puedes mantener tu equilibrio- te caes todo el tiempo sin poder avanzar. Y así son las pruebas y tribulaciones en nuestras vidas muchas veces- no podemos avanzar nada en la vida- o parece que cuando intentamos hacer algo, nos resbalamos todo el tiempo- no hay lugar estable para nuestro pie- estamos cayéndonos todo el tiempo.

Y para enfatizar lo difícil de estas circunstancias adversas, después de clamar a Dios un poco en los siguientes versículos, David regresa a la misma ilustración, en los versículos 14-15 [LEER]. A David no le da pena repetirse a sí mismo- porque así se sentía- en el lodo, a punto de sumergirse. Estaba a punto de ser anegado por el agua, tragado por el abismo, sepultado vivo en el pozo que iba a cerrar alrededor de él para matarle.

Hermano, hermana- no tengo que preguntarte si te has sentido así- porque yo sé la respuesta es sí. Tú, como yo, enfrentamos estos momentos de circunstancias adversas descritas aquí por el salmista- tribulaciones que amenazan anegarnos- abrumarnos, en todo sentido. Parece que vamos a ser arrastrados por el agua y ahogarnos. Parece que no podemos avanzar. Parece que no podemos mantener nuestro equilibrio mientras andamos en esta vida. El hijo de Dios sí sufre así.

Pero bueno, estamos hablando en general- pero, ¿cuáles son estas circunstancias adversas? Obviamente pueden ser de muchos tipos- pero en este salmo David describe algunas cosas por las cuales él pasó- pero no solamente él, sino es igual como Cristo sufrió, y nosotros también.

Primero habló de sus enemigos [LEER vs. 4]. Seguimos viendo la fuerza de esta tribulación- no era que David se sentía un poco atacado por los enemigos, sino que le estaban abrumando- parecían más que los cabellos de su cabeza- sin número- ataques constantes, aumentándose más y más. Y lo peor es que esos enemigos poderosos lo estaban haciendo sin razón- sin causa- le aborrecían y querían destruirle, no porque él les había atacado a ellos- no, no había razón. Lo que parece implícito más adelante es que la razón era que él era hijo de Dios- que tenía celo por Dios y Su casa. Pero no había razón válida para estar sufriendo así.

¿Te ha pasado? Hay personas que te odian- honestamente te odian- pero no hay razón- nunca has hecho nada en contra de ellos. Es solamente porque eres un cristiano, y no les gusta- o tal vez hasta tu vida es una reprensión constante para ellos.

O tal vez no es tan fuerte- no te odian- pero hay una molestia- o una incomodidad- no te tratan muy bien- y no hay razón- nunca has hecho nada. Es solamente porque tú eres luz, y las tinieblas no soportan la luz.

Pasó con Cristo- porque los líderes judíos le aborrecían sin causa. Cristo mismo lo dijo en Juan 15, citando este salmo- “ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre. Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron.” Cristo aplicó este salmo a Su experiencia- porque no había hecho nada en contra de ellos, menos revelarles su pecado. Pero no había razón válida por su odio- y menos para matarle.

Cristo sufrió así- y por eso, no deberíamos sorprendernos como Sus siervos e hijos sufrir lo mismo- enfrentar ese tipo de circunstancia adversa. Cristo dijo en Mateo 5 que somos bienaventurados cuando padecemos persecución por causa de la justicia- que deberíamos gozarnos y alegrarnos, porque así persiguieron a los profetas- y a Él mismo también. Él dijo, “si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros.” Sufrimos como Cristo, porque somos Sus hijos.

Entonces, a veces estas circunstancias adversas que enfrentamos son debido a los enemigos. Después, en el versículo 5, David habla de la circunstancia adversa de su propio pecado [LEER vs. 5]. Si te parece contradictorio por lo que David apenas había dicho en el versículo anterior, no debería. Porque David dijo que sus enemigos le aborrecieron sin causa- pero no que él nunca había pecado. En la situación de sus enemigos, no había hecho nada de merecer su odio- pero David estaba muy, muy consciente de sus debilidades, sus fallas, sus pecados. Y se dio cuenta que sus propios pecados podían ser causa de algunas de sus tribulaciones. Por eso, los admite- los confiesa aquí, ante Dios, quien ya sabía de todos modos. Y lo que es impactante es que, en el versículo 6, se da cuenta de cómo su pecado puede estar afectando a otros [LEER]. David no quiere que el pueblo de Dios sea confundido por su pecado.

Este detalle del salmo no puede estar hablando de Cristo, por supuesto- porque, aunque llevó nuestros pecados en sí sobre el madero, nunca pecó. Pero nosotros, así como David, deberíamos estar conscientes también que a veces las tribulaciones que enfrentamos son resultado de nuestra propia necesidad- o inmadurez- o pecado. Y nuestro pecado sí afecta a otros.

En el versículo 7 David continúa hablándonos de los diferentes tipos de circunstancias adversas que el hijo de Dios puede enfrentar. Habla de la afrenta- la vergüenza- que está sufriendo. Y lo repite en los versículos 10-12 y 19-21, hablando de afrenta, burla, confusión, oprobio, escarnio. Esta afrenta parece estar relacionada con la persecución de los enemigos- burlándose de él, haciendo cosas para hacer la vida más difícil- o también con la tribulación que estaba enfrentando en cuanto a su propia familia [LEER vs. 8].

Pues, si David sufría estas cosas, ¿cuánto más Cristo? Cristo sufría la afrenta- la vergüenza- dice Romanos 15:3, “Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí.” Esta parte del salmo se cumple en Cristo. Podemos pensar en Su sufrimiento antes de ser crucificado- golpeado y burlado por los romanos, crucificado desnudo en la cruz. También sufría la persecución de su propio pueblo- de los judíos- fue traicionado y entregado por ellos. Sufría la persecución de su familia- dice en Juan 7:5 que “ni aun sus hermanos creían en él.”

¿Has pasado por la tribulación en tu familia? ¿Te sientes como un extraño para tus propios hermanos- o padres- o hijos? ¿Desconocido por tus propios seres queridos? Que no te sorprenda- Cristo dijo que vino para hacer eso. Leamos Mateo 10:34-39 [LEER]. Si buscas la paz en tu propia familia más que servir a Dios, es pecado- si buscas complacer a tus familiares en vez de agrandar a Dios, es pecado. Cristo sabía que Su venida- Su salvación y la transformación de vida de Sus hijos- iba a causar conflictos en la casa- iba a causar división.

Obviamente, que oremos por nuestras familias, para que seamos unidos en Cristo. Es un gran gozo no enfrentar la persecución en la casa porque todos siguen a Jesús. Pero si Dios no ha hecho eso todavía, y estás en un matrimonio con un incrédulo- o en la casa con otros familiares, y está difícil- causa conflictos- es normal. Cristo pasó por eso- el rechazo de Sus propios hermanos- el oprobio de Su propio pueblo- “vino a los suyos, y los suyos no le recibieron.” Él te entiende. Y por eso dice que es más cerca que un hermano- que es más a nosotros que miles de familiares.

Y la última cosa que vemos que David menciona aquí como causa de sus circunstancias adversas era su celo por Dios y Su adoración [LEER vs. 9]. Tal vez aquí vemos la razón por la cual tenía enemigos- la razón por la cual sus propios familiares le rechazaron- porque él puso a Dios en primer lugar- porque tenía más celo para Dios y Su casa que cualquier otra cosa. Le vituperaban por eso- porque el celo de la casa de Dios le había consumido. Por eso sufría.

Y es eso, hermanos- no deberíamos pensar que sufrimos como Cristo solamente porque tenemos enemigos, o porque nuestros familiares nos persiguen. A veces tenemos enemigos porque somos personas difíciles- porque hemos pecado. A veces nuestros familiares nos rechazan porque no los tratamos en amor- porque no actuamos como cristianos para con ellos.

Pero no fue el caso de David- ni de Cristo- fue por su celo para las cosas de Dios. Cuando Cristo purificó el templo, echando fuera a aquellos que estaban profanando la casa de Dios, dice que “se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume.” Cristo sufrió por esa razón- por Su celo por la casa de Dios. ¿Por qué sufres tú? ¿Porque no sabes controlar tu boca? ¿Porque eres egoísta? O ¿sufres porque tus familiares no entienden porque ya no son tu prioridad- no entienden porque prefieres obedecer a Dios y guardar el día de reposo que pasar tiempo con ellos? ¿Sufres porque el celo por Dios, y por Su casa- por la iglesia- te consume? ¿O estás consumido de muchas otras cosas, incluyendo lo que otros piensan de ti?

Entonces, el cristiano sí va a estar en estos tipos de circunstancias adversas, sin duda. David pasó por ellas- y Cristo también. ¿Por qué pensamos que será diferente para nosotros? Como hijos de Dios- cristianos verdaderos- pasamos por circunstancias adversas.

Entonces, ¿cómo deberíamos reaccionar? ¿Qué deberíamos hacer? ¿Callarnos y fingir que todo esté bien? ¿Quejarnos ante Dios y otros? ¿Tirar la toalla y decir que no vale continuar en el camino cristiano? Seguro que hemos hecho cada una de estas tres cosas- o por lo menos, hemos sido tentados fuertemente a hacer cada una de estas tres cosas, en algún momento u otro en nuestras vidas.

Pero el salmista es muy claro aquí en cuanto a lo que deberíamos hacer- nos da su ejemplo, y también el ejemplo de Cristo. Cuando enfrentamos todos estos tipos de circunstancias adversas, deberíamos clamar a Dios.

Fíjense en cómo empieza el salmo- “sálvame, oh Dios.” David sabía qué hacer- no callarse, no fingir que todo estuviera bien, sino clamar. Pero no solamente gritó “sálvame” al aire- dijo, “sálvame, oh Dios.” Sabía quién le podía salvar- sabía a quién clamar, con toda confianza.

Es lo que tenemos que hacer- cuando estamos en cualquier tipo de circunstancia adversa, tenemos que dejar de quejarnos, dejar de echar la culpa a otros y entrar en amargura- tenemos que dejar de solamente gritar al aire, “ayúdame.” No, tenemos que entrar ante la presencia de Dios- acercarnos al trono de gracia, en donde recibimos el oportuno socorro, porque tenemos un gran Sumo Sacerdote- y allí clamar a nuestro Dios y Padre, “sálvame- ayúdame.”

Pero David es aún más específico también, porque no es solamente un grito al principio del salmo. Después de expresar lo que estaba pasando- como ya estudiamos- vemos su oración de manera más específica empezando en el versículo 13 [LEER].

Ahora, entonces, que aprendamos cómo orar, cómo clamar a Dios cuando enfrentamos tantas circunstancias adversas. Como ya dije, es orar a Dios- “yo a Ti oraba, oh Jehová.” Nos acercamos al trono de gracia de Dios, porque es Jehová- el Creador, el Dios omnipotente, y el Dios de Su pueblo.

Pero fíjense después que David dijo que oraba a Dios, “al tiempo de Tu buena voluntad.” O como dice otra traducción, en tiempo propicio. Por un lado, puede referirse al tiempo propicio de la persona orando- en el momento de necesidad David oraba a Dios. Pero también expresa otra verdad muy importante para el hijo de Dios- que Dios va a responder en el tiempo propicio- en el tiempo aceptable. Y el tiempo aceptable y propicio, para Él, es el tiempo conforme a Su voluntad, no la nuestra.

Por eso vemos cómo Cristo oró en el huerto de Getsemaní- “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú.” Cristo dependía del tiempo de Dios- de la buena voluntad de Dios en Su oración.

¿Nosotros oramos así? ¿O queremos que Dios haga todo conforme a nuestra voluntad, y en nuestro tiempo? Deberíamos orar como David, como Cristo, por lo que David dice después, continuando en el versículo 13- “oh Dios, por la abundancia de Tu misericordia, por la verdad de Tu salvación, escúchame.” Dios oye a Sus hijos- porque tiene una abundancia de misericordia para nosotros- es como Santiago dice cuando habla de la sabiduría- que Dios “da a todos abundantemente y sin reproche.”

Podemos clamar a Dios cuando enfrentamos las circunstancias adversas, confiando que en el tiempo aceptable, conforme a Su voluntad, Él va a responder- porque es abundante en misericordia- porque nos ha salvado, y por eso no puede abandonarnos ahora. Va a darnos lo que necesitamos abundantemente y sin reproche.

Y David repite eso- porque es la base de su oración, la base de su confianza. Después de pedir específicamente que le rescate del lodo, del enemigo, como ya vimos, dice en el versículo 16 [LEER]. Es la misma petición- “sálvame, escúchame, respóndeme”- pero no porque David lo merecía, sino “porque benigna es Tu misericordia; mírame conforme a la multitud de Tus piedades.”

Hermanos, no clamamos a Dios basada en nuestra inocencia- porque somos pecadores. Basamos todo en el fiel amor de Dios- Su amor de pacto- Su misericordia- Sus atributos, Sus piedades. Basado en estas cosas rogamos a Dios que nos oiga y que responda.

[LEER vs. 17]. No queremos que Dios esconda Su rostro de nosotros, como hace con el pecado, sino como vimos en la bendición en el primer versículo del Salmo 67, queremos que Dios resplandezca la luz de Su rostro sobre nosotros. Y la razón es porque estamos angustiados- “apresúrate, óyeme.” Así podemos orar- parece que es muy fuerte, ¿verdad? Pero es el ejemplo inspirado de este salmo. Cristo oró así, en el huerto de Getsemaní, así como en la cruz- de manera urgente. Así podemos también- con confianza, precisamente porque estamos en Cristo- porque Él está intercediendo por nosotros. Como dice el versículo 29, somos afligidos y miserables- pero la salvación de Dios nos pone en alto.

Ahora, hasta allí entendemos bien. Tal vez no siempre oramos así, pero vemos el principio, y vamos avanzando. Pero David no deja su oración así, sino en los versículos 22-28 empieza a orar fuertemente en contra de sus enemigos- en contra de aquellos que en ese momento le estaban persiguiendo de manera tan dura, como vimos en los versículos anteriores.

El contexto es lo que leemos en el versículo 19- David habla de sus adversarios- y fíjense cómo habla, cómo ora. Dice que han quebrantado su corazón, no hubo quien le consuele, sino, peor, conforme al versículo 21 le pusieron hiel por comida y le dieron a beber vinagre. Es decir, en vez de algo que podía ayudar, le dieron algo dañino.

Y David ora en contra de ellos en los siguientes versículos- que su mesa se convierta en lazo, que lo que es para su bien sea tropiezo, que sus ojos sean oscurecidos para no ver, que sus lomos temblaran- una maldición sobre lo material- lo que come, así como su cuerpo físico. Dijo en los versículos 24-25 [LEER]. Eso porque persiguen y maltratan al pueblo de Dios. Dijo, “pon maldad sobre su maldad, y no entren en Tu justicia. Sean raídos del libro de los vivientes, y no sean escritos entre los justos.”

Son palabras muy, muy fuertes de parte de David. No solamente está pidiendo a Dios que sean maldecidos en lo material, en sus cuerpos, en su habitación, en sus casas, sino también que ya no vivan más- y que no sean contados con los justos. Pide que Dios los lleve al infierno.

Ahora, ¿cómo tratamos con eso? Primero, entendiendo que David no está buscando venganza personal, sino que está hablando de parte del pueblo de Dios. Y debido a que el versículo 25 fue usado por Pedro para hablar de Judas- “sea hecha desierta su habitación, y no haya quien more en ella”, parece que tenemos aquí una profecía de lo que Dios iba a hacer con Sus enemigos. Y ante todo, deberíamos entender esta

parte de su oración a la luz del versículo 9- el celo de David por Dios y Su casa. David no quiere esto porque ha sido lastimado y está respondiendo debido a su dolor- quiere que Dios actúe en Su justo juicio, porque tiene un celo por Dios y Su casa y Su adoración.

Entonces, entiendan que la venganza no es mala- lo que es malo es tomarla en nuestras manos. Necesitamos dejarla para Dios- exactamente como David aquí.

Aunque, sí, es muy interesante pensar en cómo respondió Cristo a Sus enemigos. Porque, aun cuando le dieron a beber, físicamente, en la cruz, vinagre, no los maldijo, sino los perdonó- dijo, “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” Así somos llamados a actuar también- amar a nuestros enemigos, bendecir a los que nos maldicen y hacer bien a los que nos aborrecen. Somos llamados a perdonar en vez de maldecir. Que no mal-apliquemos estos versículos en nuestras vidas, sino que aprendamos a perdonar, así como Cristo perdonó.

Pero es cierto también que en la misma muerte de Cristo Él estaba condenando a todo aquel que no cree en Él. Y es Cristo quien regresará como juez. Entonces, deberíamos perdonar, personalmente- deberíamos orar por la salvación del pecador- del enemigo- que Dios le perdone. Pero también es apropiado orar por el justo juicio de Dios sobre Sus enemigos, así como vemos en este salmo.

Ahora, todo eso nos enseña que cuando estamos en circunstancias adversas, que clamemos a Dios. Porque vimos que sí vamos a enfrentar circunstancias adversas- y de todo tipo. Pero la respuesta es la misma como hizo David, y como hizo Cristo- clamar a Dios- orar a Él, confiando en Su tiempo, pero orando en una confianza basada en Sus atributos, Su misericordia y amor, que Él va a destruir a Sus enemigos y rescatar a Su pueblo.

Que clamemos a Dios, como Cristo lo hizo. Lean conmigo Hebreos 5:7-10 [LEER]. En Su humanidad Cristo se sentía como nosotros- abrumado, sufriendo. ¿Y qué hizo? “Ofrecía ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte.” Entonces, hermanos, hagan lo mismo- ofrezcan ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al único quien nos puede ayudar.

Pero ahora, que pensemos- porque nos falta una cosa más. Sí vamos a sufrir- sufrir varios tipos de circunstancias adversas- y lo que deberíamos hacer es clamar a Dios, rogándole basado en Sus atributos, en Su misericordia. Pero, ¿tenemos la confianza que Él va a responder, que va a librarnos como hemos pedido? Pues, también podemos aprender de este salmo que

II. Cuando estamos en circunstancias adversas, Dios nos rescatará

Porque como digo, no tiene sentido admitir que pasamos por circunstancias adversas, de todo tipo- y que deberíamos clamar a Dios- si no tenemos la confianza que Él va a responder. Y de hecho, a veces esto es precisamente nuestro problema, cuando enfrentamos la tribulación- la falta de fe. No siempre creemos que podamos ser rescatados. “Es demasiado difícil,” decimos- “es imposible cambiar la situación.” ¿Eso es lo que crees? No te pregunto si es lo que deberías creer- esa es diferente cosa. Pero pregúntate, y sé honesto contigo mismo- en la situación que estás enfrentando ahora- ya sean ante enemigos, o familia, o persecución por ser cristiano, o lo que sea- en toda honestidad, ¿tú crees que hay una solución? ¿Tú crees que puedes ser rescatado?

Dios lo puede hacer. Por eso oramos- porque nosotros no podemos- porque dependemos de Dios- porque no hay nadie más con el poder y el amor para ayudar. Por eso David oró- y con confianza. Dios sí nos rescatará.

Ahora, cuando digo esto, no quiero decir que Dios siempre nos rescatará inmediatamente- ni muy pronto. Puede ser- pero es más probable que experimentemos algo como David aquí. Regresemos al versículo 3- después de clamar a Dios- “sálvame, oh Dios”- después de explicar que estaba en el lodo, hasta el cuello con la tribulación, nos dice muy honestamente cómo se sentía [LEER vs. 3].

David estaba clamando- y clamando y clamando y clamando y clamando- y parecía que Dios no estaba respondiendo. David estaba cansado- no cansado porque había olvidado orar, y estaba confiando en sus propias fuerzas. No cansado de Dios- no cansado de ser un hijo de Dios. Simplemente todo su ser estaba cansando de tanto clamor a Dios. Y digo todo el ser, porque hasta menciona su garganta- “mi garganta se ha enronquecido.” ¿Alguna vez has llorado tanto que tu garganta se ha enronquecido? ¿Has hablado, hasta gritado, por tanto tiempo, que tu garganta está reseca? David también. Cristo también- porque antes de Su muerte, cuando estaba orando al Padre en el huerto, sudó gotas de sangre. Es la misma idea- el quebrantamiento físico del cuerpo debido a clamar tanto a Dios bajo la presión de tanta tribulación.

Entonces, te puede pasar a ti también- has estado clamando y clamando por esas circunstancias tan fuertes que estás enfrentando. Y ahora estás cansado- hasta físicamente cansado, sin mencionar mental y emocionalmente.

Dios no siempre responde inmediatamente- muchas veces espera hasta que hayamos tocado fondo- hasta que emocionalmente, físicamente, no podemos más. En ese momento Dios viene para responder, porque entonces, es obvio que la respuesta viene de Él, no de ti- es obvio que el poder es de Dios, no de ti. Dios muchas veces quiere esperar hasta que te des cuenta- pero en verdad te des cuenta- que no puedes hacer nada- que solamente Dios puede responder y ayudar.

Por eso David ora, como vimos, en versículos 16-18, basando todo en los atributos de Dios. Tenemos que depender del amor y la fidelidad de Dios- el tiempo perfecto de Dios- la obra consumada de Cristo- cuando clamamos a Él. Porque Dios sí responde a Sus hijos.

Vemos esto en el salmo en los últimos versículos, que son de alabanza. Aquí, puede ser que David alaba a Dios porque ya le ha rescatado, pero es igualmente posible, como en muchos salmos, que David está orando en alabanza, anticipando con esperanza la respuesta de Dios- alabando a Dios antes de que viera la respuesta, porque estaba tan seguro que Dios iba a responder.

En versículos 30-31 vemos cómo alabar- no solamente con sacrificios- habla de cuernos y pezuñas- algo meramente externo- sino con cántico, exaltando a Dios con alabanza- con alabanza que se ve- acciones que vienen del corazón.

Versículos 32-33 nos dicen por qué alabar- para que otros vean y se gocen. Da una exhortación a los que ven su alabanza a buscar a Dios- que se humillen ante Él, porque Dios oye a los humildes.

Y los versículos 34-36 terminan con el tema común de estos salmos- pensando en las naciones- pensando en cómo la bendición de Dios pueda alcanzar a los incrédulos en todo el mundo- que le alaben

por lo que ven en Su pueblo- Sion salvado, Judá reedificado- el pueblo de Dios bendecido- que todos lo vean- hasta su descendencia morando allí con Dios. Cuando clamamos a Dios ante esas circunstancias adversas, y nos oye por Su misericordia, y nos rescata, todos le alaban.

Entonces, vemos la confianza de David aquí, que Dios le iba a rescatar. Cristo tenía la misma confianza- sabía que Su Padre le oía, y que Su perfecta voluntad iba a ser cumplida en Él. Por eso vino- no para hacer Su voluntad, sino la voluntad de Su Padre.

Así que, nosotros deberíamos tener la misma confianza también porque somos hijos de Dios- porque Cristo pasó por la tribulación, y fue rescatado- resucitado y ascendido al cielo. Si hemos muerto con Cristo, seremos resucitados también- recibiremos las mismas bendiciones que nuestro Salvador recibió. Dios nos rescatará.

Aplicación- Entonces, así como Cristo, cuando estamos en circunstancias adversas, deberíamos clamar a Dios, porque Él nos rescatará. Porque, si vamos a pasar por circunstancias adversas, y de muchos diferentes tipos. Pero tenemos la respuesta- clamar a Dios, con la confianza que nos escucha y responderá.

Sabemos esto, porque David lo experimentó- y Cristo también. Podemos decir como David, aquí en el versículo 19, “Tú sabes.” Dios sabe- Dios entiende. Y no solamente porque es omnisciente, sino porque Cristo sufrió estas mismas cosas. Por eso el autor a los Hebreos dice que “no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.” Es por eso que podemos acercarnos confiadamente al trono de gracia- porque el Hijo de Dios, quien sufrió también todas estas cosas, está a la diestra del Padre intercediendo por nosotros.

Entonces, que fijemos “los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.” Que consideremos “a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que nuestro ánimo no se canse hasta desmayar”, como dice Hebreos 12.

Con esta confianza, que clamemos a Dios. Él va a responder y rescatar. Tal vez va a tardar, conforme a la manera en la cual pensamos nosotros, y nuestras gargantas se van a reseca de tanto llorar, tanto clamar a Dios. Tal vez Dios permitirá que nuestros enemigos nos sirvan hiel por comida y nos dan a beber vinagre- que pasemos por mucho sufrimiento primero. Pero dilo a Dios- y te escuchará, y responderá.

Conclusión- Lo ha hecho en el pasado, con Su pueblo, y con Su propio Hijo. Lo va a hacer para ti también. Así como Cristo, entonces, cuando estás enfrentando circunstancias adversas, clama a Dios, y Él te rescatará.